

El Paraguay fué descubierto en 1526 por Sebastian Cabot; pero su conquista se debe á Albar Nuñez Cabeza de Vaca. Las siguientes líneas, sacadas de los *Comentarios* de este conquistador, adelantado y gobernador que fué del Río de la Plata, dan una idea exacta del carácter y creencia de los primitivos indios de esta region.

«Luego desde á poco, dice, que hubo llegado el gobernador á la dicha ciudad de la Ascension, los pobladores y conquistadores que en ella halló, le dieron grandes querellas y clamores contra los oficiales de S. M. y mandó juntar todos los indios naturales, vasallos de S. M., y así juntos, delante y en presencia de los religiosos y clérigos, les hizo su parlamento, diciéndoles como S. M. lo habia enviado á los favorecer y dar á entender cómo habian de venir en conocimiento de Dios y ser cristianos, por la doctrina y enseñamiento de los religiosos y clérigos que para ello eran venidos, como ministros de Dios, y para que estuviesen debajo de la obediencia de S. M. y fuesen sus vasallos, y que de esta manera serian mejor tratados y favorecidos que hasta allí lo habian sido; y allende de esto les fué dicho y amonestado que se apartasen de comer carne humana, por el grave pecado y ofensa que en ello hacian á Dios, y los religiosos y clérigos se lo dijeron y amonestaron; y para les dar contentamiento, les dió y repartió muchos renates, camisas, ropas, bonetes y otras cosas, con que se alegraron. Esta generacion de los guaranies, es una gente que se entiende por su lenguaje todos los de las otras generaciones de la provincia, y comen carne humana de otras generaciones, que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y siendo de esta generacion, si los captivan en la guerra, traéñlos á sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando; lo cual dura hasta que el captivo está gordo, porque luego que lo captivan lo ponen á engordar, y le dan todo quanto quiere á comer, y á sus mismas mugeres é hijos para que haga con ellas sus placeres, y de engordalla no toma ninguno el cargo y cuidado, sino las propias mugeres de los indios, las principales de ellas; las cuales la acuestan consigo y la componen de muchas maneras, como es su costumbre y les ponen mucha plumería y cuentas blancas, que hacen los indios de huevo y de piedra blanca, que son entre ellos muy estimadas, y en estando gordo, son los placeres, bailes y cantos muy mayores, y juntos los indios, componen y aderezan tres muchachos de edad de seis años hasta siete, y dándoles en las manos unas hachetas de cobre, y un indio, el que es tenido por mas valiente entre ellos toma una espada de palo en las manos, que la llaman los indios macana, y sácanlo en una plaza, y allí le hacen bailar una hora, y desde ha bailado, llega y le dá en los lomos con ambas las manos un golpe, y otro en las espinillas para derribarle, y acontece, de seis golpes que le dan en la cabeza, no poderle derribar, y es cosa muy de maravillar el gran testor que tienen en la cabeza, porque la espada de palo con que les dan es de un palo muy recio y pesado, negro y con ambas manos un hombre de fuerza basta á derribar un toro de un golpe, y al tal captivo no lo derriban sino de muchos, y en fin, al cabo lo derriban, y luego los niños llegan con sus hachetas, y primero el mayor de ellos ó el hijo del principal, y danle con ellas en la cabeza tantos golpes, hasta que le hacen saltar la sangre, y estándole dándole, los indios les

dicen á voces que sean valientes y se enseñen, y tengan ánimo para matar á sus enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden que aquel ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y luego como es muerto, el que le da el primer golpe toma el nombre del muerto, y de allí adelante se nombra del nombre del que así mataron en señal que es valiente, y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y se parten entre sí, y lo comen, y tiéñenlo por cosa muy buena comer del, y de allí adelante tornan á sus bailes y placeres, los cuales duran por otros muchos días, diciendo que ya es muerto por sus manos su enemigo que mató á sus parientes, que agora descansarán y tomarán por ello placer.»

Quando estas y otras descripciones de las antiguas costumbres de América vienen á afligir el ánimo de toda persona humanitaria y sensible, dígasenos con franqueza si nuestros ilustres antepasados no hicieron un gran bien civilizandolos con su conquista aquellos apartados países. Ciertos historiadores extranjeros, que no tienen para el cuadro de esta conquista, gloriosa y grande como ninguna, sino colores negros y terribles, que han ido á rebuscar en hechos, ciertamente reprobables, pero aislados é individuales, que de ningun modo pueden hablar contra una nacion entera; estos extranjeros, repetimos, deberían pesarlo todo, examinar todas las circunstancias, y escribir, en fin, con criterio é imparcialidad. Es verdad que entonces tendrian que darnos la razon, que es cabalmente lo que ellos no quieren.

Antes de terminar con el Paraguay, insertaremos otro trozo descriptivo del mismo Alvar Nuñez, que creemos leerán con curiosidad nuestros lectores.

«En la ribera de este rio del Paraguay, dice, está una nascion de indios, que se llaman agaces; es una gente muy temida de todas las nasciones de aquella tierra; allende de ser valientes hombres y muy usados en la guerra, son muy grandes traidores, que debajo de palabra de paz han hecho grandes estragos y muertes en otras gentes, y aun en propios parientes suyos, por hacerse señores de toda la tierra; de manera que no se confían dellos. Esta es una gente muy crecida, de grandes cuerpos y miembros como gigantes, andan hecho cosarios por el rio en canoas; saltan en tierra á hacer robos y presas en los guaranies, y traéñlos maniatados dentro de sus canoas, y lléganse á la propia tierra donde son naturales, y salen sus parientes para rescatarlos, y delante de sus parientes y hijos, mugeres y deudos les dan crueles azotes y les dicen que les trayan de comer, sino que los matarán. Luego les traen muchos mantenimientos, hasta que les cargan las canoas; y se vuelven á sus casas, y llévanse los prisioneros, y esto lo hacen muchas veces, y son pocos los que rescatan; porque despues que están hartos de traerlos en sus canoas, los cortan las cabezas y las ponen por la ribera del rio hincadas en unos palos altos. A estos indios, antes que fuese á la provincia el dicho gobernador, los hicieron guerra los españoles que en ella residian, y habian muerto á muchos de ellos, y asentaron paz con los dichos indios; la cual quebrantaron, como lo acostumbra, haciendo daño á los guarantes muchas veces, llevando muchas provisiones; y quando el gobernador llegó á la ciudad de la Ascension habia pocos dias que los agaces habian rompido las paces y habian salteado y robado ciertos pueblos de los guaranies, y cada dia venian á desasogar y dar rebato á la ciudad de la As-

cension; y como los indios agaces supieron la venida del gobernador, los hombres mas principales dellos que se llaman Abacoten y Tabor y Alabos, acompañados de otros muchos de su generacion, vinieron en sus canoas y desembarcaron en el puerto de la ciudad, y salidos en tierra, se vinieron á poner en presencia del gobernador, y dijeron que ellos venian á dar obediencia á S. M. y á ser amigos de los españoles, y que si hasta allí no habian guardado la paz, habia sido por atrevimiento de algunos mancebos locos, que sin su licencia salian, y daban causa á que se creyese que ellos quebraban y rompian la paz, y que los tales habian sido bien castigados, y rogaron al gobernador los recibiese é hiciera paz con ellos y con los españoles, y que ellos la guardarian y conservarian, estando presentes los religiosos y clérigos y oficiales de S. M.»

PATAGONIA.

Al penetrar en América por su parte septentrional hemos encontrado primeramente la Groelandia y el Spitzberg, las regiones mas frias del universo. Despues hemos atravesado países admirables, ricos en los mas preciosos minerales, y ricos tambien con los tesoros de la vegetacion mas variada, fecunda y prodigiosa. Aparte de las inmensas sábanas y de los vastos bosques que ofrecen masas de verdura impenetrables al hombre y al sol, hemos hallado una multitud de vegetales maravillosos, producciones de la naturaleza, al mismo tiempo que ciudades hermosas, obra de los hombres.

Ahora, para salir de este continente, que es la cuarta parte del mundo, es necesario que atravesemos rápidamente la Patagonia, que constituye la punta meridional de la América, y que no presenta mas que un desierto frio, estéril y salvaje.

La Patagonia fué descubierta en 1520 por Magallanes, célebre navegante portugués, acerca del cual y de su empresa refiere el citado historiador de las Indias, Lopez de Gomara, los siguientes curiosos pormenores.

«Partió Magallanes de Sevilla por agosto, dice, y de San Lucar de Barrameda á 20 de setiembre, año de 1519, y casi tres años despues que comenzó á negociar en Castilla esta empresa. Llevó 237 años entre soldados y marineros, de los cuales algunos eran portugueses; de San Lucar fué á Tenerife, una de las Canarias, y de allí á la isla de Cabo-Verde, y dellas al cabo de San Agustín por entre Mediodía y Poniente; ca su intento era seguir aquella costa hasta topar estrecho ó ver donde paraba, costeano muy bien la tierra. Estuvieron muchos dias en tierra de 22 y 23 grados allende la equinoccial, comiendo cañas de azúcar y antas que parecen vacas; lo mejor que rescataron fué papagayos. Llegaron postrero de marzo á una bahía que está en 40 grados, donde invernarón aquellos cinco meses siguientes de abril, mayo, junio, julio y agosto que, como el sol entonces anda por acá, reina el frio allí, nevando reciamente. Fueron algunos españoles á mirar qué tierra y gente fuese, y sacaron espejos, cascabeles y otras cosillas de hierro, cuero y vidrio para rescatar. Los indios se llegaron á la marina, maravillados de tan grandes navios y de tan chicos hombres. Metian y sacábanse por el garguero una flecha para espantar los estrangeros, á lo que mostraban, aunque dicen algunos que lo usan para gomitár

estando hartos, y cuando han menester las manos ó los pies. Comenzaron á entrar en plática por señas, que no aprovechaba hablar; nuestros españoles les convidaban á las naos, y ellos á los nuestros á su casa; en fin, fueron siete arcabuceros dos leguas dentro en tierra á una casilla tejada de cuero y en medio un espeso bosque, la cual estaba repartida en dos cuartos, uno para hombres y otro para mugeres y niños. Vivian en ella cinco gigantes y trece mugeres y muchachos, todos mas negros que requiere la frialdad de aquella tierra. Dieron de cenar á los nuevos huéspedes una anta mal asada, ó asno salvaje, sin beber gota, y sendos zamarrones en que dormir, y echáronse al calor del fuego. Estuvieron todos aquella noche alerta, recatándose unos de otros; en la mañana les rogaron mucho los nuestros que se fuesen con ellos á ver las naves y capitan; y como rehusaban, asíéronlos para llevarlos por fuerza á que los viese Magallanes. Ellos se enojaron mucho de esto, entraron al aposento de las mugeres, y dende á poco salieron pintadas las caras muy fea y fieramente con muchos colores, y cubiertos con otras pellejas estrañas hasta media pierna, y muy feroces blandeaban sus arcos y flechas, amenazando los estrangeros, sino se iban de su casa. Los españoles dispararon por alto un arcabuz para los españoles; los jayanes entonces quisieron paz, asombrados del trueno y fuego, y fuéronse los tres dellos con los siete nuestros. Andaban tanto, que los españoles no podian atener con ellos, y con el achaque de ir á matar una fiera que pacía cerca del camino, huyeron los dos; el otro que no pudo descabullirse entró en la nao capitana. Magallanes le trató bien, porque le tomase amor; él tomó muchas cosas, aunque con zuño; bebió bien del vino, hubo pavor de verse á un espejo; probaron qué fuerza tenia, y ocho hombres no lo pudieron atar; echáronle unos grillos como que se los daban para llevar, y entonces bramaba; no quiso comer de puro corage y murióse. Tomaron para traer á España la medida ya que no podian la persona, y tuvo 11 palmos de alto; dicen que los hay de 13 palmos, estatura grandisima, y que tienen disformes pies, por lo cual los llaman patagones.

»Viendo la falta, necesidad y peligro, y que duraban mucho las nieves y mal tiempo, rogaron á Magallanes los capitanes de la flota y otros muchos que se volviese á España y no los hiciese morir á todos buscando lo que no habia, y que se contentase de haber llegado donde nunca español llegó. Revolviose la heria diciendo que aquel portugués los llevaba á morir por congraciarse con su rey, y embarcáronse. Embarcóse tambien Magallanes, y de cinco naos no le obedescian las tres, y estaba con gran miedo no le hiciesen alguna afrenta ó mal. Estando en esta cuita, vino hácia la nao una de las otras aminoradas cazando de noche y sin advertencia de los marineros, él, aunque al principio tuvo temor, reconoció lo que era, y tomóla sin escándalo ni sangre, y luego se le rindieron las otras dos. Justicia á Luis de Mendoza y á Gaspar Casado y á otros; echó y dejó en tierra á Juan de Cartagena y á un clérigo que debia revolver el hato, con sendas espadas y una talega de bizcocho para que allí ó se muriesen ó los matasen; publicó que lo querian matar. Con este inhumano castigo allanó los demas, y se partió de San Julian, dia de San Bartolomé. Como miraba las ensenadas para ver si eran estrechos, tardaba mucho en cada parte llegaba. Cuando emparejó con la punta de Santa Cruz, vino un torbellino

que llevó en peso la menor nao sobre unas peñas; quebróla, y salvóse la gente, ropa y jarcias. Tuvo entonces Magallanes miedo grandísimo, y anduvo desatinado como quien andaba á tiento; estaba el cielo turbado, el airé tempestuoso, la mar brava y la tierra helada. Llegó, empero, 30 leguas, y llegó á un cabo que llamó de las Vírgenes, por ser día de Santa Ursula. Tomó la altura del sol, y hallóse en 52 grados y medio de la equinoccial, y con hasta seis horas de noche. Parecióle gran cala, y creyendo ser estrecho, envió las naves á mirar, y mandoles que dentro de cinco días volbiesen al puerto. Volvieron las dos, y como tardase la otra, embocóse por el estrecho. La nao San Anton, cuyo capitan era Alvaro de Mezquita y piloto Esteban Gomez, no vió las otras cuando volvió al cabo de las Vírgenes; soltó los tiros, hizo ahumadas y esperó algunos dias. Alvaro de Mezquita queria entrar por el estrecho, diciendo que por allí iba su tio Magallanes. Esteban Gomez, con casi los demas, deseaba volverse á España, y sobre ello dió al Alvaro una buena cuchillada, y lo echó preso, acusándole que fué consejero de la crueldad de Cartagena y del clérigo de misa, y de la muerte y afrentas de los otros castellanos, y con tanto dieron la vuelta. Traian dos gigantes, que se murieron navegando, y llegaron á España ocho meses despues que dejaron á Magallanes, el cual tardó mucho en pasar el estrecho; cuando se vió del otro cabo, dió infinitas gracias á Dios. No cabia de gozo por haber hallado aquel paso para el otro mar del Sur, por do pensaba llegar presto á las islas del Maluco; teniase por dichoso, imaginaba grandes riquezas, esperaba muchas y muy crecidas mercedes del rey don Cárlos por aquel tan señalado servicio. Tiene este estrecho 110 leguas, y aun algunos le ponen 130; va derecho el Este Oeste; y así están ambas sus dos bocas en una mesma altura, que es 52 grados y medio. Es ancho dos leguas y mas tambien, y menos en algunas partes; es muy hondo, crece mas que mengua, y corre al Sur; hay en él muchas islejas y puertos. Es la costa por entrambos lados muy alta y de enormes peñascos; tierra estéril que no hay grano, y fria, que dura la nieve casi todo el año, y aun algunos contaban que habia nieve azul en ciertos lugares, lo cual debe ser de vieja ó por estar sobre cosa de tal color. Hay grandes árboles y muchos cedros, y ciertos árboles que llevan unas como guindas. Crianse avestruces y otras grandes aves, muchos y estraños animales; hay sardinas, golondrinos que vuelan y que se comen unos á otros, lobos marinos, de cuyos cueros se visten; ballenas, cuyos huesos sirven de hacer barcas, las cuales tambien hacen de cortezas, y las calafatean con estiércol de antas.»

»Al mediodía volví nuevamente á tierra; mas de 200 naturales se habian juntado en la ribera del mar, é intentando ensayarme en traficar con ellos, habia cargado casi toda la canoa de uvas y cigarros, recomendando al patron el trueque de estos objetos por pieles y carne de vicuña. Habiendo sabido por uno de los indios que hablaba español bastante claramente, que tenian sus cabañas cerca de 12 millas en el interior, y que podia sin riesgo alguno visitar esta especie de aldea, ó mas bien campo, resolví aprovecharme de la ocasion que se me presentaba de observar mas ampliamente los usos y costumbres de este pueblo. En consecuencia, me proveí de un caballo, y escollado por una docena de aquellos salvages, franqué en breve

tiempo á galope el espacio que me separaba de sus habitaciones. Al cabo me encontré con un centenar de cabañas esparcidas por aquí y por allá, sin ninguna especie de órden. Se hallan construidas con toda la sencillez posible, formadas de pieles sostenidas por perchas. Me puse á diseñar una, pero no tardé en conocer que esto disgustaba á los salvages, los cuales con efecto me arrancaron el papel y el lapiz. No pude darme razon de semejante antipatia, que experimentan igualmente hácia una persona que ven escribir. Acaso creerán ver en el dibujo y en la escritura una operacion mágica de que esperan funestísimos resultados.

»A mi llegada, fuí cercado de una multitud de hombres, mugeres, niños y perros. Mi persona y vestidos estuvieron sujetos á un exámen minucioso, cosa que yo encontré bastante natural. Reparé con bastante sorpresa que cuando los niños me importunaban, sus padres hacian por alejarlos de mí. Estos salvages son los mayores mendigos que hay en el universo, pues os piden absolutamente cuanto os ven, y no sueltan por nada de este mundo aquello que una vez agarran. Con semejantes gentes, los cambios son muy difíciles. Por otra parte no se trataba entonces de esto, sino de despojarme sencillamente, y sin violencia, de todos los objetos que traia conmigo. Me ví en la precion de abandonarles todo lo que llevaba en mis bolsillos, y hasta los botones de mi vestido, felicitándome sobremanera, de que no se les hubiese antojado quitarme tambien la ropa á pedazos.

»La semejanza perfecta del trage hace que sea imposible el distinguir á las mugeres de los hombres, tanto mas cuanto que estos no usan barbas. Las mugeres montan á caballo exactamente como los hombres, y yo creo que uno de estos bizarros ginetes franquearia una barrera de la misma manera que el mejor cazador de leopardos de toda Inglaterra.

»El principal, y puede casi decirse, el único alimento de los patagones, me ha parecido constituirlo la carne de vicuña, pues en sus provisiones de boca no se encuentran vegetales de otra especie ni pescado.

Poco disfrutó Magallanes de su famoso descubrimiento que ha hecho célebre su nombre, pues habiéndose partido del mencionado á las islas Malacas, murió el 27 de abril de 1521, de un cañonazo que le pasó la cara, teniendo ya caída la celada á golpes de piedras y lanzas y una herida de yerba en la pierna. Era un combate muy desigual el que habia emprendido con los indios mantaneses, pues estos llegaban á tres mil, que no se asustaban ya de los arcabuces, cuando Magallanes no contaba arriba de cincuenta españoles, tan valientes como desdichados.

La Patagonia, pais poco conocida, tiene una estension de 1.300,000 kilómetros cuadrados, y cuenta hoy cerca de 200,000 habitantes, que viven únicamente del producto de sus rebaños, de la caza y pesca. Esta gente se divide en *cunchas*, *puelchos*, *patagones*, etc. En algunas de estas hordas independientes se ven hombres de una talla tal, que parecen verdaderos gigantes. Estos hombres vagan por las vastas soledades de las regiones contenidas desde el Estrecho de Magallanes hasta los alrededores del rio Camarones.

Los habitantes de este pais, tan poco conocido, segun acabamos de indicar, han sido y son todavía objeto de cuentos tan sumamente maravillosos, que creemos no se leerá sin interés la narracion de un viajero inglés que ha visitado recientemente aquella region.

«El 12 de enero de 1833, nos hallábamos en el estrecho de Magallanes, contrariados por una de esas calmas chichas que obligan á los buques á echar las anclas para no verse arrastrados por las corrientes, en una direccion opuesta á la que siguen. Nos encontramos á alguna distancia de una ensenada, que recibió un tiempo el significativo nombre de *Puerto-Hambre*, teniendo por un lado la tierra del Fuego, y por otro el continente americano; paseábamos nuestras miradas, con ayuda de buenos anteojos marinos, por aquellas tristes riberas, sin poder descubrir sobra ellas rastro alguno de poblacion. Estábamos comiendo, cuando oímos gritar de la cubierta que se percibía un hombre que se adelantaba á caballo haciendo señales. Deseoso de inspeccionar por mí mismo qué cosa era un patagon, supliqué al capitán que me permitiese ir á tierra, y bien pronto me ví trasladado á una de nuestras piraguas balleneras. Desembarqué con dos ó tres marineros, y el salvaje vino á nuestro encuentro, aunque sin bajarse del caballo. Su fisionomía no era enteramente simpática, y yo juzgué conveniente estar en guardia al aproximarme á él. Me pareció muy grande; su piel era de color de madera, y sobre su espalda caían en desórden largos cabellos. A primera vista se me figuró que gastaba espejuelos, pero me hallé mas próximo de él, conocí lo que era, y es que se pintaba de negro al rededor de los ojos, y en la parte intermedia á la nariz.

«Su traje se componia de una gran piel de vicuña que le envolvía todo el cuerpo hasta la altura de la rodilla. Sus piernas estaban forradas en una especie de calzones de cuero que las preservaban del roce de la silla, (imitacion grosera de la silla española, hecha de madera y hueso. Su piel de vicuña la tenia ceñida por los riñones con un cinturón, del cual pendía un enorme cuchillo. Tan luego como nos hallamos reunidos, mi hombre tendió la mano en señal de amistad. Yo disparé un pistoletazo para ver el efecto que le producía, pero no manifestó espantarse, lo cual me demostró que él ya habia visto en otra ocasion el uso de las armas de fuego. En seguida le puse mi segunda pistola en la mano, que le dejó perplejo sin saber cómo habia de dispararla, y habiéndole yo guiado, llegó á salir el tiro, manifestando con un grito espantoso la satisfaccion que su proeza le causaba.

«En toda mi vida habia yo visto un ser tan súcico como el que tenia delante, que estoy seguro no se habia lavado nunca. Intenté trabar conversacion con él en español, pero cuanto sabia de esta lengua estaba reducido á las palabras *ron* y *tabaco*, que no dejaba de repetir con un acento que denotaba estraordinaria avidéz. Yo le dí un puñado de cigarros, que recibió con demostraciones de alegría; y me dió á entender por señas, que del lado de la bahía de San Gregorio encontraría un gran número de naturales. Hallándose por el momento satisfecha mi curiosidad, me despedí de él, volviéndome á bordo del buque. Me he olvidado de decir que desde lejos el caballo del patagon parecia tener cuatro orejas, lo cual hubiera sido una anomalia bien singular, pero bien pronto ví que no eran mas que dos, solamente que las tenia divididas desde la punta al nacimiento, segun costumbre general, como tuve mas tarde ocasion de ver.

«Al día siguiente bajé á la bahía de San Gregorio, y encontré en la ribera seis hombres á caballo, que me hicieron señas de paz y amistad. Entre ellos habia tres gefes, que creí me dejasen sordo con sus gritos

de ron y tabaco. Yo distribuí entre ellos una caja de uvas, de que no supieron qué hacer al principio, y unos pocos de cigarros, lo que les produjo gran contento. El traje de estos hombres era enteramente igual al del que dejo descrito, salvo que las pieles de los gefes eran mas bellas y brillantes que las otras. Tenían, como el de la vispera, el rostro pintado, mas al parecer no deben tener regla alguna en este punto, pues los unos se pintan toda la cara, los otros una parte solamente, y cada cual emplea el color que mas le gusta. Y aunque semejantes tiznones les dan un aire feroz, segun las relaciones que he tenido con ellos, vengo á sacar en consecuencias que son de un natural dulce y bondadoso.

«Por la tarde, presentándose el tiempo amenazador me volví á bordo del ballenero. Encontré sin dificultad un caballo, y partí escoltado de la misma manera que habia venido, solamente que tuve el honor de ser acompañado por la reina, que tenia por toda distincion un collar de vidrio, del cual pendían una docena de dedales de cobre, como los que se fabrican en Birmigham para nuestras costureras.

«Al llegar á la playa encontré la canoa que me esperaba; pero la mar se agitaba tan fuertemente que hubiera corrido riesgo embarcándome. No viendo señales de que el tiempo mejorase antes de anochecer, hice que se volviera la canoa, decidiéndome yo á regresar al pueblo de los salvages para dormir con ellos. Ningun caballo estaba sin gínete, por lo cual monté á la grupa de un patagon y partimos. Cuando nos hallábamos sobre poco mas ó menos á tres cuartos de legua de distancia, mi guía se separó repentinamente de sus compañeros, puso pie en tierra y quiso registrarme. Yo me oputé; pero viendo que él persistía, disparé un pistoletazo al aire, lo que le produjo tal espanto, que cayó poniendo la cara en tierra, y permaneciendo en esta posicion por espacio de media hora, á pesar de todos mis esfuerzos por disipar su espanto, y hacerle que volviese á montar á caballo. Decidióse á ello, por fin, y durante todo lo que faltaba de camino no cesó de proferir palabras que no pude comprender, pero que anunciaban hallarse muy colérico.

«Habiendo llegado á las cabañas, me deslicé suavemente en la primera que encontré, á pesar de los perros que querian impedírmelo. Me estendí sobre la tierra, cubriéndome lo mejor que pude con unas pieles que encontré á la mano, y me dormí profundamente ignorando en compañía de quien me encontraba. Al día siguiente por la mañana ví que se componía de una anciana pareja, de cinco ó seis niños ya grandecitos, y de unos quince perros. En cada cabaña ó choza existe un número sobre poco mas ó menos igual de estos animales que se emplean en la caza de la vicuña.

«Los individuos con quienes yo habia dividido el aposento me demostraron mucha atencion y respetos, y me sirvieron un almuerzo bastante bueno de carne de vicuña; el pulmon y la cabeza del animal se comen crudos, y lo demas se asa ó hierbe. Los patagones consideran la sangre de la vicuña jóven como un gran regalo, y la sorben muy caliente, haciendo que salga de una vena que abren al efecto.

«Sobre la hora de medio día, despues de haber examinado algunas otras cabañas, que todas se asemejaban á aquella en que habia pasado la noche, pedí permiso á mis huéspedes, y monté en un caballo que

me agenciaron, ganando la costa y despues el buque.

»Hace ya mucho tiempo que las fábulas que se habian estendido relativas á la gigantesca estatura de los patagones fueron completamente desmentidas. Sin embargo, yo me he alegrado mucho de que la suerte me haya conducido á poder juzgar por mí propio de la exageracion que en sus relaciones habian impreso los primeros navegantes que visitaron las costas de la Patagonia. El hecho es que los habitantes de este pais son en general de una talla mas elevada que los europeos; pero sin duda alguna su trage particular les hace aparecer mas altos de lo que generalmente son.

»No he observado entre los patagones mas que una sola práctica religiosa, que tiene lugar á la salida de la luna. En este momento, el hombre, detrás del cual yo cabalgaba, empezó á cantar ó mas bien á ahullar, acompañando esta extravagante música de gesticulaciones en estremo extravagantes, y lo mismo exactamente vieron hacer á uno de los gefes que llegó á bordo del buque. Supe tambien que á la muerte de uno de sus allegados sacrifican un caballo, y se ponen á aullar de una manera especial durante meses enteros.

»Los patagones son especialmente nómadas, y sus cambios de domicilio se determinan por la abundancia ó escasez de vicuñas. El suelo en que viven es sin embargo bastante fértil, si ellos quisieran cultivarlo; pero no se entregan mas que á la caza. El clima es delicioso en el estío, siendo en este tiempo igual la temperatura á la agradabilísima del mes de abril en Inglaterra. Las facciones de los patagones tienen mucha semejanza con las de los chinos, particularmente los ojos y la nariz, lo cual me ha parecido dar algun peso á la hipótesis de que la América fué comenzada á poblar por hombres venidos del Asia por tierra ó sobre los hielos, ó atravesando en barcas la mar poco ancha que separa ambos continentes.»

Los lugares habitados de la Petagonia son: Puerto-Deseado al Sur del Cabo Blanco; el puerto de San Julian, que es mejor que el precedente, muy frecuentado por los pescadores, y en el cual vimos ya á Magallanes en la relacion inserta de su viage, y Puerto-Hambre, en un ensenamiento formado por la península de Brunswick. Existia en otro tiempo Ciudad Real de Felipe, ó Filipolis, que era sin contradiccion la fortaleza mas austral de todo el globo. La fundó Sarmiento en 1582 por mandado de Felipe II, con el fin de asegurar la posesion del paso de este famoso estrecho; era una ciudadela de cuatro baluartes, guarnecida con cuatro piezas de artillería, y que llegó á tener, á lo que parece, 400 habitantes. Ninguna fortificacion permanente fué construida jamás en latitudes tan altas.

«Ciertas medidas imprevisoras y la anarquía, dice Balbi, hicieron que pereciera bien pronto este establecimiento, donde en 1586 no encontró Cavendish mas que un solo habitante. El aspecto de los alrededores hace de todo punto improbable la opinion de que esta colonia pereciera por hambre. Este lugar hace algunos años que fué buscado por el capitán King para hacer sus observaciones metereológicas desde febrero hasta julio inclusivamente.»

Antes de abandonar este continente, citaremos las principales islas de la América Meridional, que son: el Archipiélago de Magallanes ó la Tierra de Fuego, la isla Hornosjunto al famoso cabo del mismo nombre, la Tierra de los Estados, las islas Maluinas ó Falk-

laud, la isla de San Pedro y el Archipiélago de Sandwich, la mas austral de todas las tierras conocidas, y que está cubierta de eternas nieves, al propio tiempo que deja asomar volcanes en muchas de sus islas.

Habiéndose tratado de Patagonia, no será ocioso que terminemos las observaciones de este continente, insertando la interesante relacion que acerca de un viage al estrecho de Magallanes ha publicado monsieur Hombron en su coleccion de *Aventuras curiosas de los viajeros*; en su consecuencia, extractaremos los siguientes pormenores referidos por el mismo monsieur d'Urville.

«A las ocho de la mañana pasábamos como á una milla de esa estensa playa que los primeros navegantes ingleses llamaron Dungenés, por analogía á otra muy parecida cerca de Doury. Empujados rápidamente por una brisa fresca del Norte, á las diez y veinte minutos pasábamos al Sudoeste y á dos millas de distancia del cabo Posesion, y á la una y cuarenta minutos entrábamos en el primer canal, cuyas márgenes están formadas por tierras poco elevadas, pedregosas y muy estériles en la apariencia, pues examinándolas de cerca se veía que estaban tapizadas con diferentes plantas magallánicas. A las cinco de la tarde logré salir del primer canal y me hallé en una anchurosa dársena situada entre los dos canales, y á la cual habian dado los españoles el nombre de San Felipe. Allí me consideraba al abrigo de todo contratiempo, cuando abonanzando el tiempo, nos arrastró la marea hácia atrás como unas tres millas. La Celosa, que habia entrado un poco antes en la bahía, estuvo un momento en peligro de embarrancarse en la costa, cerca de la punta Baja; pero logró ponerse en salvo por medio de una rápida evolucion. Hácia las siete comenzó á subir la marea, y me aproveché de ella para dar bordadas contra el viento de Oeste-Noroeste, y salir de la cuenca de San Felipe. De este modo logramos avanzar, no obstante las ráfagas de viento y de los golpes de lluvia que se sucedian por intervalos; pero arriando cada vez mas el temporal y siendo la noche muy oscura, mandé anclar, y así nos mantuvimos hasta la mañana siguiente en que descubrimos el mar enteramente tranquilo. A las ocho zarpamos y nos dimos á la vela con brisa del Sudoeste.

»Algunas hogueras encendidas en las márgenes de la bahía de San Felipe nos demostraron la presencia de los patagones en la costa del Norte. Hácia las seis de la tarde se declaró la marea decididamente por nosotros, y esto, unido á la buena brisa que nos empujaba viento en popa, nos acercó rápidamente á la punta de Nuestra Señora de Gracia. A pesar de la oscuridad de la noche, resolví aprovechar el viento y la marea, que seguian siéndonos favorables, para avanzar cuanto me fuese posible por el canal. Costeamos, pues, toda la isla Isabel, y fuimos á virar muy cerca del continente. Despues de haber doblado á corta distancia el cabo Purpoise, nos hallamos en un canal ancho, donde podíamos sufrir un golpe de viento sin inquietud. Eran entouces las doce de la noche, y despues de haber mandado acostar á los marineros que no estaban de guardia, hice yo lo mismo para disfrutar algunos momentos de reposo de que tanto necesitaba, á causa de las fatigas de aquel día.

»El 13 de diciembre entrábamos en la rada de Puerto Fanime, uno de los puntos mas propicios para hacer escala, tanto por su abundancia de agua dulce como por la fertilidad de su suelo. Sobre la cumbre

de una pequeña montaña hallamos una inscripción á la memoria del contramaestre Ainsworth y de dos marineros ahogados en una embarcacion que habia zozobrado en el puerto de San Antonio durante la exploracion hidrográfica del capitán King. Otro mojón, situado á corta distancia de allí, anunciaba que el capitán Dugué del navío Havre habia pasado por allí en 1834. En los troncos de varios árboles se podian tambien leer los nombres de otros buques.

»El 16 al romper el día tuvimos la satisfaccion de recorrer los espesísimos bosques que cubren las orillas del río Sedger. Los árboles que allí crecen son por lo general aromáticas magnolias de Winter, muchas especies de agracejos y fagus de una elevacion considerable. Difícil es formarse una idea de la frescura de aquella poderosa vegetacion, de los accidentes pintorescos del terreno y de las admirables copas de los árboles que se entrelazan formando una bóveda por encima del río, á pesar de tener de 30 á 40 metros de latitud á una legua de su embocadura.

»Después de haber gozado las riquezas que nos ofrecian las márgenes del río y la playa, solo nos quedaba que examinar las montañas para completar nuestras investigaciones de historia natural. Encargáronse de este cuidado los señores Hombrón y Dumoulin, á quienes acompañaron muchos oficiales de las dos corbetas en su peligrosa ascension del monte Tarn.

»El 28 de diciembre dejamos el puerto Farine para dirigirnos mas al Oeste y penetrar mas adentro en el estrecho de Magallanes; pero en nuestras tentativas para llegar al Puerto Galante experimentamos las primeras contrariedades que nos obligaron á renunciar á la esperanza de salir del estrecho por el Oeste, y solo bordeando contra viento y marea pudimos entrar el 29 en la bahía Fortescue que sirve de ancladero exterior al Puerto Galante. Este puerto, donde Bougainville descansó en su exploracion del estrecho, es un lugar muy pintoresco, en cuyas márgenes se ven tambien hermosos árboles, aunque muy inferiores en sus dimensiones á los de Puerto Farnine.

»El 31 de diciembre abandonamos aquella bahía, y al día siguiente por la mañana anclamos en la San Nicolás, donde celebramos alegremente el primer día del año, y distribuí las medallas de la expedicion, para dejar á todos mis compañeros un recuerdo duradero del año nuevo que se nos presentaba con tan brillantes y felices auspicios.

»La bahía de San Nicolás, llamada después bahía de los Franceses, ofrece un aspecto infinitamente mas gracioso que el que acabábamos de dejar. Saltamos á tierra y notamos que el terreno era firme y fácil de recorrer. Al pie de un hermoso árbol y tendidos sobre la arena improvisamos un almuerzo frugal de que participaron muchas de las personas de la expedicion.

»A los dos días, favoreciéndonos la brisa, decidimos pasar á la ensenada Pecket, y á la media hora de navegacion echábamos anclas. A las diez y media permití á todos los oficiales del Astrolabio y de la Celosa que bajasen á tierra, pues tenian mucha impaciencia de ver á los salvajes; pero no debia pasar mucho tiempo sin que suspirasen por la época en que no volvieran á verlos mas.

»El viento Oeste no tardó en refrescar, y sopló tan fuerte, que antes de las nueve de la noche ya habian vuelto á bordo los oficiales, muy satisfechos de trocar la pesada noche que pensaban pasar bajo las

tiendas de los patagones por un sueño cómodo y tranquilo en sus camarotes acostumbrados.

»Cuando desembarcamos en la playa por la mañana, multitud de patagones á caballo se habian reunido delante del punto de desembarco, y acogieron á sus huéspedes amistosamente. En fin, viendo que se volvía la lancha, muchos de ellos saltaron precipitadamente á ella para visitarnos, pero solamente tres recibieron permiso de verificarlo.

»Al llegar, subieron á bordo con mucha facilidad; el uno de ellos tendria de 40 á 45 años; el otro de 25 á 30, y el tercero solo de 20 á 22. Dulces y pacíficos, se prestaron voluntariamente al examen de sus grandes capas de pieles de guanaco. Observaban con calma los objetos que los presentábamos, sin manifestar mucha codicia; pero lo que mas particularmente llamó su atencion fueron los anteojos, y espresaban su alegría por medio de carcajadas roncadas y cavernosas, que salian de su pecho como especie de mugido. Eran de mediana estatura; sus miembros gordos y bien proporcionados, y sus pies y manos de una pequeñez notable. Tenian la piel lisa y suave, y su tez amarilla nos recordó la de los chinos, lo que sin duda debe atribuirse á un cielo poco caluroso y á sus grandes capas que los abrigan constantemente desde los hombros hasta los pies.

»Uno de estos patagones comió conmigo, y sus compañeros fueron admitidos á la mesa de los oficiales. Mi convidado, después de haber comido muy bien, pidió un pedazo de pan que quedaba sobre la mesa para su *pikinini* (niño), y lo guardó en un saco. Concluida la comida, nuestros patagones desearon volver á tierra, pero conocieron que la fuerza del viento se oponía á ello; acostáronse en la canoa, y se quedaron dormidos hasta las nueve de la noche, que nuestros oficiales tuvieron que despertarlos para conducirlos á tierra por haber amainado el viento. Al regresar la lancha, nuestros oficiales nos trajeron al jefe de la tribu, llamado Kongre.

»Al día siguiente salté á tierra en compañía de este jefe; me condujo á su tienda, la cual se componia como todas las demas de perchas, en las cuales habia colgadas pieles de guanacos; cada tienda parece destinada á alojar una familia. Observé que habia muchos niños; pero todos pacíficos, alegres y poco revoltosos.

»Las mugeres estaban ocupadas en coser pieles con nervios de avestruz, y otras en espulgar á sus hijos; las doncellas se estaban peinando, y noté que se alisaban sus cabellos negros con grasa, trazándose en seguida unas á otras en la cara anchas líneas trasversales con un cosmético compuesto de grasa y tierras de diferentes colores.

»Accediendo á mis ruegos el valiente Kongre, se puso su traje de guerra, que consistia en un casco de cuero guarnecido de planchas de cobre y muy semejante en su forma á una vacía, con una cimera de plumas de gallo; su túnica era de cuero de buey teñida de rojo y muchas rayas amarillas de arriba á bajo; á su costado pendia una larga cimitarra. Manifesté mi agradecimiento á Kongre por su complacencia, dando una galleta á su hijo, atencion que estimaron mucho, al parecer, los padres, particularmente la madre, que estrechó á su hijo en su seno, y me gratificó con una mirada muy espresiva.

»Los patagones hablan generalmente en voz baja; se sonrien casi siempre, y su pronunciacion es en gran